

CAPITULO VIII.

Las usurpaciones.

(1831—1835.)

Cambios de gobierno.—El padre Castillo.—El cura Lómas.—La revolucion.—Moctezuma.—El batallon de Aguascalientes.—El "Gallinero."—Derrota.—Crueldad de Bustamante.—La prensa.—El padre Mata.—El cólera morbo.—Asientos.—Tomá de Zacatecas.—Santa Anna.—Recepcion de éste.—La señora Villa.—Independencia de Aguascalientes.—El señor García Rojas.

LA USURPACION de Iturbide abrió el campo á todas las ambiciones, lo que vino á establecer una série no interrumpida de pronunciamientos, defecciones y crímenes, que contuvieron la marcha progresiva

del país iniciada en 1824. Guerrero, que cometió el delito de llegar á la silla presidencial por sendas que la ley veda, fué derrocado y conducido al patíbulo en 1831 por la infame traicion de Picaluga. Sucedióle en el poder otro usurpador—Bustamante—en torno del cual ya se agitaban vulgares aspiraciones. Al mismo tiempo veía éste que en Zacatecas se formaba una nube y queria despejar el horizonte antes de que estallase la tempestad.

Pero antes de narrar los sucesos políticos, veamos algo que halague y satisfaga á los corazones magnánimos, que es mejor pintar el agradable cuadro donde figuran imágenes simpáticas, que el lúgubre de nuestras discordias civiles.

Desde antes de la época cuyos acontecimientos narro, se hacia notable en Aguascalientes uno de esos amigos de la humanidad doliente que consagran sus estudios, sus afanes, su vida toda á enjugar las lágrimas y aliviar los dolores de los que sufren. El filántropo padre Castillo, director del Hospital de San Juan de Dios, en cuyo establecimiento introdujo importantes mejoras, era uno de esos hombres abnegados que por desgracia no aparecen á menudo. Médico formado por sí mismo, hizo grandes progresos en la ciencia á que se dedicó perseverantemente, prodigando los auxilios de ella, no solo á los enfermos del hospital, sino á cuantos los solicitaban. Botánico sin maestro, proporcionaba drogas por él confeccionadas á los que á un tiempo sufrían los rigores de la miseria y de la enfermedad. Donde quiera que ésta llevaba el dolor al pa-

ciente y la aflicción á sus deudos, ahí estaba Castillo, prestando los recursos de la ciencia, consolando á los que sufrían, ó bien conduciendo al hospital á los enfermos que carecían de elementos para curarse, y proporcionándoselos de su propio peculio. Ese juanino, justamente apreciado por una sociedad que recibía de su mano abundantes bienes, empleó en atenuar los dolores á que la humanidad está condenada, dos tercios de su vida. Fué por eso colmado de bendiciones mientras vivió, llorado cuando dejó de existir, y hoy su nombre se pronuncia con veneración y respeto por todos aquellos para quienes la virtud no es una quimera, por todos aquellos no contaminados aún con el álito helado del materialismo de la época.

Al lado de Castillo figuraba otro hombre pobre, humilde, caritativo. El cura D. Ignacio Lómas, que bien pudo vivir en medio de la opulencia con los pingües productos del rico curato, no tenía, como los discípulos de Cristo, dos vestidos, y, como ellos, distribuía entre los pobres los bienes que administraba. Su casa era frecuentada por los que tenían hambre, por los que carecían de recursos para cubrir la desnudez de sus hijos; y en su morada, en el confesionario, en el templo, en la calle y en las humildes chozas, aquel hombre era la Providencia de los necesitados. A la de la caridad se unían otras muchas virtudes que atesoraba aquel hombre á quien Aguascalientes respetó como un santo. El vulgo insensato le atribuyó milagros, y en efecto hizo uno—el de resucitar los tiempos de los apóstoles, el de hacernos conocer en el siglo XIX uno de esos tipos que tanto se asemejan á Juan de Dios, á Vicente de

Paul y á otros que recuerdan la primera época del cristianismo. (1)

Después de referir grandes virtudes vuelvo á narrar hechos que contrastan con los que acaba de conocer el lector. La administración no sufría alteración en Zacatecas á donde realmente no alcanzaba la acción del gobierno de Bustamante. El año siguiente, (1832) el congreso general decretó la disminución de las milicias, y ese decreto anti-político, imprudente, fué la señal de la guerra. El Estado se armó, puso en servicio activo la guardia nacional cuyo mando se confió al no muy experto general Moctezuma, y el batallón de Aguascalientes (600 hombres) se incorporó á aquella en el camino de San Luis Potosí á México. Querían esas tropas, que formaban una división de más de cinco mil hombres, el imperio de la Constitución y la caída

(1) Es oportuno consignar aquí un nombre olvidado en Aguascalientes, quizá porque no residió en aquella ciudad, uno de sus hijos que más lo honran—el padre D. Manuel Arce—cuya biografía haré en pocas palabras.

Nació Arce en Aguascalientes en la primera mitad del siglo pasado, viniendo joven á México á distinguirse en el colegio por sus virtudes, talento y aplicación. Teniendo vocación por el sacerdocio, los hijos de Loyola, que andaban siempre á caza de hombres de valer, se atrajeron á Arce, quien tomó la sotana del jesuita y profesó. Dedicóse entonces con más ardor que antes, con más perseverante actividad á atender á los establecimientos de beneficencia, á impartir socorros á los enfermos, á los necesitados, hasta que fué expulsado del país en 1767. Residió después en Bolonia, siempre ejerciendo su humanitaria misión, y murió allá llorado por la multitud de italianos cuyos dolores ó pobreza mitigó el ilustre jesuita hijo de Aguascalientes.

de Bustamante, quien salió de la capital de la República con algunas fuerzas que se encontraron con las primeras en el «Gallinero,» lugar célebre en la historia de nuestras luchas civiles.

En ese lugar se trabó un combate reñidísimo y— fuerza es decirlo—desigual. Las tropas de Bustamante eran inferiores en número, pero, bien dirigidas, pelearon valientemente, y su impulso no fué resistido por el ejército contrario. Se desbandaron los batallones, permaneciendo en su puesto el de Aguascalientes, que se defendió desesperadamente. Bustamante cargó sobre éste, que sucumbió ante el mayor número y, por lo mismo, con gloria. El vencedor abusó de su triunfo y dió un alcance de muchas horas, y aunque los restos del batallón de Aguascalientes continuaban defendiéndose, el número de combatientes disminuía hasta hacerse imposible la resistencia.

En ninguna parte se ha derramado mas inútilmente la sangre como en el «Gallinero.» Murieron en el combate muchos jefes y soldados, principalmente de los de Aguascalientes, á donde no volvieron ciento cincuenta hombres de seiscientos que habían salido. Todos quedaron en el campo muertos, heridos ó prisioneros. El ejército vencedor también había tenido pérdidas. Y todo estérilmente! Bustamante, que venció con un lujo de crueldad increíble, retrocedió para combatir á Santa Anna, que en Veracruz y en Puebla obraba de acuerdo con los vencidos de Zacatecas. Bustamante fué derrotado por aquel jefe y obligado á firmar en Zavaleta unos convenios por los cuales se llamaba á la presidencia al general D. Manuel Gómez

Pedraza, quien debía ejercer el poder ejecutivo hasta completar el período del infortunado Guerrero. (1) Después de esto (1833) fué electo presidente Santa-Anna y vice-presidente Gómez Farías, determinándose así la victoria del partido *puro* y por consiguiente la de Zacatecas, gobernado entonces por el popular D. Francisco García.

En esta época y desde antes, se representaba en Aguascalientes una escena grotesca. Los liberales ó yorquinos escribían periódicos y hojas sueltas que no daban la mas alta idea de sus autores. Se defendían los principios conquistados, pero de qué manera! Los ataques á la moral y á la vida privada campeaban en esas publicaciones, hijas de la pasión y aun de la ignorancia. Cada una de esas hojas era un arsenal de insultos, de calumnias, de diatribas hasta contra lo que mas amaba la sociedad, á lo que contestaban desde el púlpito algunos clérigos y frailes, usando de un lenguaje no conforme con las reglas oratorias, ni mucho menos con la moral y la caridad evangélicas.

Fuó entre éstos el mas exaltado y el mas escandaloso el padre D. Juan de Mata, asqueroso libelista, que después de profanar el púlpito prostituía la prensa con el triste fruto de sus elucubraciones. Fecundo en la

(1) Algun tiempo perteneciente á ese período, fué presidente de la República (1830) el señor licenciado D. José María Bocanegra, hijo de Aguascalientes. Este fué varias veces diputado y senador, presidente de la corte de justicia, ministro de justicia y de relaciones, desempeñando además con inteligencia y honradez muchas honrosas comisiones.

diatriva, agotaba el diccionario de los dicterios contra sus adversarios políticos á quienes presentaba como unos impíos sin Dios, sin honor y sin conciencia. Tanto maltrataba el idioma y usaba de un lenguaje tan vulgar y rastrero, que sus escritos debieron circular solo en las tabernas. Yo ví algunos de ellos que conservaba uno de mis amigos, y me sorprendí de que pudiesen ver la luz pública tan asquerosas producciones.

Veamos ahora otro cuadro del cual querría apartar mis ojos. Aguascalientes fué invadido este año (1833) por el cólera morbo. Hacia el 15 de Mayo hizo la enfermedad su primera víctima; sucumbió un vecino del barrio del "Estanque," y si bien á esta desgracia no siguieron inmediatamente otras, la epidemia comenzó á desarrollarse á principios de Junio. Por término medio morian entónces veinte personas diariamente; aumentó á cien el número el siguiente mes, y los días 25, 26 y 27 murieron seiscientas personas. Fué decreciendo en Agosto el número de defunciones, y al terminar el mes, terminó tambien el formidable azote. Cerca de cinco mil habitantes de la ciudad desaparecieron. En otros lugares del hoy Estado, hizo menos estragos el cólera y, sin embargo, fué diezmada la poblacion.

El pánico era tal, que en esta época no se vieron los actos de abnegacion y de caridad cristiana que hemos visto durante las invasiones del *Matlazahuatl* y de la viruela. No habia, por otra parte, médicos suficientes para atender á tantos enfermos, y muchas personas, sin conocimientos algunos en la ciencia, ejercieron la profesion. No se encontró un solo remedio para combatir el mal, de manera que era casi segura la muerte del

contagiado. Sucumbian algunos en el abandono y en medio de los mas intensos dolores. Daba incremento al pavor general la vista de los muchos cadáveres que se llevaban á los cementerios, los que no pudieron contener á aquellos y se abrió uno nuevo, el llamado de "El Arroyo." Díjose entónces y se dice aún, que se sacaban de las casas con tal precipitacion los cadáveres, por temor del contagio, que muchas personas fueron sepultadas vivas. (1) Cesó al fin el mal, pero no el terror que habia infundido; sobrevivieron el espanto y el temor de una nueva invasion durante los meses de Setiembre á Diciembre del memorable año de 1833.

Otro mal de distinto género sufrimos en la misma época. Mas de cien bandidos entraron á Asientos á los gritos de "Viva la religion!" "¡viva Arista!" y saquearon toda la poblacion, cometiendo al mismo tiempo otros crímenes. Fueron perseguidos por los vecinos de las fincas de campo inmediatas y por alguna fuerza de seguridad. Batidos y derrotados los malhechores, huyeron, quedando prisioneros algunos, de los cuales siete fueron juzgados y pasados por las armas.

Entre tanto se verificaban otros sucesos en el campo de la política; Farías fué desconocido y obligado á salir de la República; (1834) caian los yorquinos y se

(1) Conoci á un pobre hombre que se hacia llamar *Santa-Anna*, que fué atacado del cólera y conducido al cementerio de "El Arroyo," el 26 de Julio, ya muy tarde. No fué sepultado por esta circunstancia y por ser muchos los cadáveres. *Santa-Anna* volvió en sí á la media noche, salió de aquel fúnebre sitio y fué á su casa. Llamó á las puertas de ella, y habiendo reconocido su mujer la voz del difunto, murió la infeliz súbitamente.

entronizaban los escoceses. Aquellos, en medio del naufragio, solo tenían un puerto de salvación—el Estado de Zacatecas—entonces potente y preparado para la resistencia. Nada se hizo ese año, pero el siguiente, Santa-Anna, que había hecho traición á sus juramentos y á sus partidarios, se dirigió á la capital de aquel Estado con un ejército respetable.

Aquí es preciso decir que no solo en el "Gallinero" dió Aguascalientes su contingente de sangre, sino en otros lugares. Desde 1825 habían salido sus guardias nacionales hasta á los mas distantes Estados, como el de Oaxaca y otros, y ahora, (1835) antes de la aproximación del ejército de Santa-Anna, esos mismas guardias nacionales marcharon á Zacatecas á combatir una vez mas por la causa de la Constitución y la libertad.

Zacatecas se había fortificado; su popular gobernador contaba con muchos millares de hombres perfectamente armados y municionados; había dinero y víveres para sostener un sitio, y el entusiasmo del ejército y del pueblo era general y anunciaba el triunfo. No obstante el conocimiento que tenía Santa-Anna de los formidables elementos acumulados en su contra, avanzó sobre la plaza, la que fué tomada, sin que hubiese la obstinada resistencia que todos esperaban. Sea que el valor y la pericia del general determinasen el triunfo, ó que, como se creyó entonces y se cree todavía, la traición le abriera las puertas de aquella ciudad, el vencedor en Tampico lo fué también en Zacatecas, cayendo en su poder los grandes elementos de guerra de la plaza. Santa Anna estableció un gobierno militar en el Estado

y volvió á la capital de la República cargado con los despojos inmensos del enemigo. La causa de la libertad había sufrido el mas rudo golpe.

Al pasar Santa Anna por Aguascalientes se le hizo una recepción régia. El pueblo tenía simpatías por él; le eran adictos el clero y las autoridades; su nombre, bastante conocido, y sus hazañas, arrastraban á la multitud hácia el caudillo á quien admiraba y amaba; de manera que se le recibió como á nadie se ha recibido despues en aquella ciudad. Se asearon las calles, se adornaron las casas; los arcos de triunfo aparecían desde la garita hasta la plaza, á donde llegó el 1.º de Mayo de 1835. La población en masa había salido á su encuentro y le acompañaba en su marcha triunfal; fué conducido por las autoridades hasta la parroquia, cerca de cuya puerta le esperaba el clero para llevarle al templo, á pié y bajo de pálio, al solemne *Te Deum*. Concluido éste, Santa Anna fué conducido al alojamiento que se le había preparado. Los repiques á vuelo, las descargas de artillería, los cohetes, los vivas y otras demostraciones de regocijo se prodigaron entonces. El afortunado jefe debe haber sentido una gran satisfacción al ver los testimonios de cariño y admiración de que fué objeto. (1)

(1) Ya muy viejo Santa Anna le ví en México (1874) y me habló de Aguascalientes, recordando la recepción que se le había hecho y hablándome conmovido de los sucesos de aquella época. Decía que tuvo simpatías por Aguascalientes desde antes que conociera la población "que ha producido hombres notables—me dijo— y valientes soldados."

Sea que Santa Anna haya querido corresponder de alguna manera al pueblo que así le recibía, ó que la política le aconsejase debilitar al Estado de Zacatecas, declaró entónces que, á su llegada á México, Aguascalientes seria separado de Zacatecas, contentando así las aspiraciones que en este sentido se le manifestaban por multitud de personas. Quien mas cooperó á este resultado fué la señora Doña Luisa Villa, mujer que á su hermosura y á su buena posición social unía una instrucción no comun y un trato y conversacion agradables. Santa Anna, omnipotente entónces, interpretó el sentimiento general, y en un brindis por él pronunciado, dijo que Aguascalientes no pertenecería ya á Zacatecas. En efecto, fué publicado despues, (23 de Mayo) el decreto que nos emancipaba, el cual se solemnizó popular y espléndidamente. Recayó el nombramiento de gobernador en D. Pedro García Rojas, esposo de la señora Villa.

Nada útil podia hacer éste, sometido en todo al gobierno de México que tambien todo centralizaba, pero en cambio, Aguascalientes habia llegado á un alto grado de prosperidad. A pesar del decrecimiento de la poblacion, ocasionado por el cólera, la ciudad solamente llegó á tener cerca de treinta y cinco mil habitantes. El comercio era activo, la industria y la agricultura estaban en un estado brillante, y se gozaba de bienestar. Creyóse entónces que la independencia de Aguascalientes multiplicaría los bienes que aquella sociedad disfrutaba, é impulsaría mas y mas á los pueblos emancipados hácia su mejoramiento social y político.

CAPITULO IX.

El militarismo.

(1836—1844.)

Cambios de instituciones y de gobiernos.—Marcha retrógrada.— Flores Alatorre.—Avila.—Emigracion.—Comercio, agricultura é industria.—D. Juan de Dios Belauzarán.—Pronunciamiento.—López de Nava.—Condell.—El batallon de Aguascalientes.—Chico.—La señora Alegre.—Ataque á un cuartel.—Moreno.—Diaz de Leon.—La situacion.

LA REPÚBLICA y la libertad habian sucumbido, como sucumbieron en Roma en los tiempos de César y de Augusto, y como allá, en México se procuraba conservar el nombre de la primera, cuando solo gober-